Reconocimiento de la comunidad afromexicana a través de microhistorias

Miranda de los Ángeles Espinosa Giles*

DOI: https://doi.org/10.52501/cc.455.08

Resumen

Este capítulo aborda cómo la historia de las personas afrodescendientes en Guanajuato, especialmente en León, ha sido ignorada y ocultada durante mucho tiempo. Explica que el racismo sigue presente hoy en día, muchas veces de forma normalizada en comentarios, chistes y actitudes cotidianas. Miranda Espinosa Giles relata su propia experiencia al darse cuenta de esta discriminación y cómo investigó el pasado afro en su ciudad, descubriendo historias de esclavitud, resistencia y aportaciones culturales que aún siguen vivas.

A partir de esta investigación, creó un proyecto artístico de microhistorias usando teatro de títeres (Lambe Lambe), con el objetivo de mostrar esa historia olvidada de una manera íntima y emocional. Estas historias combinan datos históricos con elementos creativos para generar conciencia en el público.

El capítulo también reflexiona sobre el impacto del colonialismo, la esclavitud y el racismo estructural, señalando que no basta con no ser racista, sino que es necesario actuar de forma antirracista. Finalmente, destaca que la cultura afro no solo está marcada por el sufrimiento, sino también por la

* Directora general de Ojo Negro Teatro, dramaturga, artista plástica y actriz. Correo electrónico vimirash@gmail.com.

riqueza cultural, la resistencia y la identidad, y propone el arte como una herramienta para visibilizarla y generar un cambio social.

Palabras clave: *afromexicanidad, racismo, memoria histórica, resistencia, antirracismo.*

Introducción

La negritud en Guanajuato merece ser reconocida. Durante décadas, ha permanecido oculta en el olvido. Su historia en Guanajuato dejó una huella de sufrimiento y abusos que permanecen invisibles ante los ojos de quien no la conoce, como un velo de desconocimiento que cubre a los guanajuatenses, una resistencia a no ver lo que en realidad somos. El paso del tiempo se ha encargado de borrar a conveniencia de quienes arrebataron la paz, los que creen haber descubierto lo que ya estaba descubierto, los despojadores y explotadores de cientos de vidas humanas. Ante tanta oscuridad relacionada con la existencia de la negritud en nuestro estado de Guanajuato, se encuentra León, el municipio que menos siente algún vínculo histórico con su afrodescendencia, pero uno de los más marcados por la esclavitud. En las zonas privilegiadas de León es evidente el rechazo a la gente de tonos de piel más oscuros, de facciones afro, y, por el contrario, la aceptación inmediata del tono más claro. El racismo es evidente para quien reconoce tal acción, es decir, no se es consciente de que se esté actuando discriminatoriamente; a eso me refiero con el velo, a la normalización de acciones destructivas que el tiempo se ha encargado de habitar el presente. He sido testigo de comentarios e incluso chistes que, sin pensar en su trasfondo cruel, se consideran una forma divertida de denigrar a otro por su tono de piel. En mi niñez y parte de mi adolescencia no pude percatarme del racismo normalizado que recibía; al parecer, era divertido burlarse por tener el cabello muy negro, rizado y esponjado, y un tono de piel más oscuro, hasta tiempo después, que conecté con la historia en mi ciudad natal, León, Guanajuato.

Fue entonces cuando conocí la verdadera historia: una gran cantidad de teorías, tradición oral que ha viajado de boca en boca, historias que logran documentar el archivo histórico de la ciudad de León. Algunos registros

de sucesos permiten conocer o dar una interpretación de lo que ocurrió, aunque no del todo; muchos otros pueden ser intuidos por información de otras fuentes, incluso de acontecimientos ocurridos en otros municipios de Guanajuato. Pude entonces conectar, como un detective, la información recopilada en busca de la verdad. En todos estos acontecimientos, el tiempo es crucial, pues juega una conexión directa con lo que ocurrió en todo México. La economía dependía de la esclavitud, en Guanajuato capital y otros municipios como Xichú, Mineral de Pozos (entre otros), para poder tener en funcionamiento la industria minera. Pero en León, Guanajuato, en ese entonces reconocido como Villa, la esclavitud se veía más en la industria de la curtiduría o como un lujo. El tener mano de obra de negros fuertes, jóvenes y sanos como servidumbre era solo para quienes podían comprarlos; incluso poseer una negra hermosa con grandes caderas y pechos para ser una perfecta nodriza, que cocine, peine o cante, era considerado de gran valor económico. Los negros esclavizados eran despojados de su tierra natal, no sabían hablar español, y se les obligaba de manera cruel a aprenderlo. Mezclando a los chichimecas con africanos es como obligaban a los indios y africanos a hablar el español, ya que ninguno de los dos sabía comunicarse en español. La estrategia funcionó, aunque provocó enriquecer el lenguaje. Existen palabras originarias de África que usamos cotidianamente, como guateque, mondongo, pachanga, güiro, entre otras, así como también alimentos y cultura culinaria que aún está vigente y existe gracias a la cultura africana, como los cantos, las danzas, refranes y dichos africanos que perduran en la historia de León.

Estos elementos viven en los barrios. Barrio Arriba es el que guarda gran parte de la historia negra. Es muy interesante cómo se formó este barrio, pues fue refugio para indios, negros y coyotes. En 1589, después de que los franciscanos despojaran a los negros de sus tierras en el centro y alrededores, apoderándose de ellas para encargarse de la atención religiosa, no podían soportar la cultura africana, como su vestimenta, peinados, idioma y tradiciones. Los franciscanos, al no soportar ver negros viviendo y trabajando muy cerca de sus casas, tomaron la decisión de marginarlos a un lugar más alejado, el Barrio Arriba, que es un lugar interesantísimo, pues su arquitectura y forma en sus calles es similar a un laberinto. Esto tiene su razón: los negros construyeron su territorio así para poder huir en caso de

ser perseguidos. También el barrio comenzó a poblarse de indios y coyotes. Es aquí cuando se da un suceso importante: en 1562 nombran alcalde a Antonio Rodríguez de Lugo, quien funda la Villa de León, que posteriormente será la Ciudad de León. Este dato detonó mi curiosidad para buscar más de la historia oculta de León, ya que lo que se dice de Antonio Rodríguez de Lugo no es del todo detallado. En los documentos del archivo histórico se hace una mención breve desacreditando su importancia, deja al personaje de Antonio como un mayordomo vaquero de don Pedro Lorenzo de Castilla. Entonces el personaje de Antonio Rodríguez reaparece en la historia como alcalde protector de los negros, a tal grado que, para protegerlos, resguardaba sus vidas en Cañada de Negros, donde se refugiaron durante largo tiempo gran cantidad de indios, negros y coyotes, quienes, despojados y maltratados por los españoles, y al no soportar el maltrato y la vida deshumanizada de los esclavistas, huyeron a Cañada de Negros. Poco se conoce de la historia negra en Guanajuato, y aún menos la de León.

Es aquí donde decido comenzar mi proyecto de microhistorias, con el que podré compartir el asombro que sentí al conocer el tema afro en mi ciudad. Al principio fue complicado pensar en cómo podría compartir o transmitir la experiencia. Definitivamente tendría que ser de manera escénica, pues soy artista especializada en teatro de títeres. Entonces decidí explorar el universo plástico con el lenguaje de los títeres, así que profundicé en la técnica de teatro Lambe Lambe. El desarrollo de cada historia no podría durar más de tres minutos. Toda la información recopilada debía ser elegida de la gran cantidad de historias, relatos, información de archivo y esencia cultural directa de África. Entonces, como un detective de historias olvidadas, me sumergí en el desarrollo de cinco microhistorias para teatro Lambe Lambe. El resultado me llevó un periodo de seis meses en el que escribí 20 historias. Posteriormente, hice una selección de cinco para su montaje final. Elegí la técnica de teatro Lambe Lambe para las cinco historias, ya que serían conceptualmente parte de la experiencia sensorial. Esto ayudaría a mantener el misterio, la curiosidad y el asombro que me transmitieron todas las historias recopiladas. Entonces, el público se asomaría con una mirilla a descubrir su contenido, se llevarían la experiencia teatral e histórica de manera personal.

Y así fue, cada una de las presentaciones serían para un solo espectador a la vez. Hacer fila para esperar su turno y descubrir el contenido de cada una

de las historias es una experiencia única. Tanto para el espectador como para la titiritera, las emociones se comparten al estar conectados por el sonido, lo visual y la narrativa. La música y la iluminación jugaron un papel muy importante, ambos son parte de la dramaturgia, ambos, sincronizados en contar la historia, conducen su poesía visual, que asombra y conmueve al espectador. El titiritero, que en este caso soy yo, es una especie de multianimador. El espectador no se percata de todo lo que ocurre fuera de la caja, solo se concentra durante tres minutos en sumergirse en la historia y poesía visual dentro de la caja Lambe. Con la ayuda de los audífonos se aísla, ese momento de viaje en el que ambos, titiritera y espectador, se desconectan del exterior para conectarse en el universo interno de la caja.

El desarrollo y la selección de cada una de las historias fue un proceso largo en el que se ponía a prueba gran cantidad de información para su narrativa dramatúrgica en tres minutos, con el objetivo de transmitir información histórica del tema afro en León. Su desarrollo en conjunto con el texto fue en acciones, tal y como es el teatro de títeres: las acciones, la música, la narrativa e iluminación navegan en conjunto, como algo muy distinto a la experiencia que se pudiera tener en la visita a un museo. Para el público es asombroso ver en este formato un tema histórico tan importante y al mismo tiempo tan desconocido en el municipio. Se preguntaron si eso era verídico, si eso que acababan de ver era una historia real. Yo respondí diciendo que sí, esto en verdad ocurrió en León, Guanajuato. Entonces los espectadores quedaban altamente asombrados, al igual que yo lo estuve en mi proceso de investigación al enterarme de tantos sucesos afro a lo largo de nuestra historia leonesa. Las microhistorias que elegí para desarrollar en teatro Lambe Lambe fueron: 1) Antonio Rodríguez de Lugo, 2) María Angola, 3) Por los Negros León Es, 4) Peculium, y 5) Al-cuz-cuz. Cada una de ellas recopila o contiene, en esencia, una gran cantidad de relatos, sucesos e información de archivo.

La primera historia está dedicada a Antonio Rodríguez de Lugo, un personaje que despertó profundamente mi curiosidad y ayudó a detonar este proyecto. A lo largo de mi investigación, conforme el proyecto avanzaba, tanto en la recopilación de cada historia como en el trabajo plástico de cada uno de los pequeños teatros que construiría, mi pensamiento estaba en recurrente reflexión no solo sobre el genocidio, sino también sobre el

epistemicidio perpetrado por los esclavistas a los negros despojados de su tierra natal. El sufrimiento fue un detonador de miedo para obtener poder y control, por medio de constantes y extremadamente violentos abusos físicos. Sin embargo, la historia negra es más que eso, es más que el largo periodo de dolor y constantes abusos a lo largo de la historia, incluso en este presente marcado por el pasado. Entonces, ¿qué ocurrió antes de que llegaran los despojadores a perturbar la paz de los africanos? África es más que dolor y despojo, es riqueza cultural, identidad; su mitología y filosofía del muntu[1] merece ser visibilizada, más allá de la cicatriz aún sin sanar que arrastra la esclavitud. "La presencia africana no puede reducirse a un fenómeno marginal de nuestra historia. Su fecundidad inunda todas las arterias y nervios del nuevo hombre americano" (Zapata, 1997).

Al profundizar en la riqueza cultural africana, se puede conocer su verdadera historia: la de sus ancestros, de sus tradiciones, su filosofía, la variedad de dioses, todos sus orishas, danzas, música, cantos, su cosmovisión en general. Es entonces cuando visualizo a la esclavitud como un suceso terrible en la historia de África, un suceso tan doloroso que, aún después de tantos años, sigue teniendo efecto en nuestro presente. Esto me lleva a percibir un eco de sucesos parecidos a una gran ola de mar o tsunami, que a su vez van de mayor a menor o de menor a mayor, según su detonante, siendo el núcleo inicial de este, la primera gran ola llamada colonialismo. En este eco de acontecimientos, es cuando surgen los temas musicales en las cajas, en cada una de las historias, cada una con su vibración emocional para contar a través de los sonidos. La música, como he dicho con anterioridad, juega un papel importante en la historia negra: la música libera de emociones y también las transmite. Los arrullos eran transmitidos por medio de las nodrizas, narraban emociones y desahogos, permitiendo la liberación de emociones de extrema tristeza, depresión, angustia, frustración, entre otras emociones devastadoras.

Existen temas como "Drume Negrito", en el que se narra la terrible situación de una madre esclavizada que trabaja día y noche sin descanso, sin poder ver a su pequeño hijo. Ella, con su cansancio extremo por trabajar en

[1] El muntu: la diáspora del pensamiento filosófico africano en *Changó, el gran putas* de Manuel Zapata Olivella.

el campo, lo único que quiere es comprarle un melón, una rica fruta, a su pequeño hijo. En el arrullo se hace mención a un demonio que aparecería si el niño no se duerme; este es el "diablo blanco", que hace referencia al hombre blanco esclavista que la explota despiadadamente. Esta pieza representa directamente a las nanas de leche, mujeres negras calificadas ante los ojos de los esclavistas para alimentar, cuidar y criar. Escuchar "Drume Negrito" y conocer la situación con las nanas de leche en Guanajuato, me hizo mucho sentido, ya que "Drume Negrito" no es precisamente guanajuatense; es un arrullo que tiene origen entre Colombia y Venezuela, pero narra la situación que se vivía en la época. Esta pieza forma parte de la caja número cinco titulada "Al-cuz-cuz",[2] haciendo referencia a la herencia culinaria de las nanas en Guanajuato, ya que ellas eran transmisoras y receptoras de expresiones culturales, al ser nanas, nodrizas, curanderas y parteras. Las mujeres negras fueron muy importantes en la transmisión de cultura africana que aún sobrevive en Guanajuato, como la hechicería, aún vigente en los barrios de León, San Francisco del Rincón y alrededores, como Purísima del Rincón.

Entonces, la música participa con narrativa y frecuencias binaurales en cada una de las cajas. Se buscaron sonidos de instrumentos africanos para transmitir emociones genuinas de cada personaje en distintas situaciones, teniendo como resultado piezas originales de compositor para cada una de las historias. Se trabajó en conjunto con el compositor leonés Julio César Aguayo Irene, quien se basó en los sonidos más representativos de África que trajeron todas las personas que serían esclavizadas, desde su tierra natal a Guanajuato. La mayoría procedían de una zona costera que iba desde Senegambia hasta la región del Congo, hoy Angola. La música y toda su cultura se desplazó en barcos con las peores condiciones para viajar. En estos viajes sin ningún tipo de humanidad, trasladaban a todas las personas despojadas de sus tierras, apiladas en enormes barcos, condenadas a viajar durante grandes periodos de tiempo, expuestos al hambre, frío, apilados como ganado. Así fue como llegaron por el puerto de Veracruz, posteriormente serían vendidos y distribuidos a todo México, como si de mercancía se tratara. Hombres, mujeres y niños, despojados y trasladados por mar,

[2] Al-cuz-cuz, sémola de trigo cocinada al vapor.

tenían la esperanza de volver a su tierra algún día. Esa conexión con el mar, directamente relacionada con Yemayá, los ayudaría a volver, ya que, si por el mar habían viajado, entonces por el mar podrían regresar a África. Muchas veces, las personas esclavizadas, al no soportar las terribles condiciones de la esclavitud, el maltrato y castigos de los blancos, al igual que al perder toda esperanza de volver a su hogar del que fueron despojados, optaban por quitarse la vida en algún río, mar o laguna. Esto los acercaría espiritualmente a África, ya que si por el mar habían viajado, el agua los regresaría y su sufrimiento terminaría. Curiosamente, en el archivo histórico no existe registro de muertes, únicamente se registraban esclavos vivos. La mayoría de los suicidios era de mujeres que no podían más con el sufrimiento de la esclavitud.

De este tema escribí la caja número dos titulada "María Angola", en la que narro un suceso registrado en el libro *Negros y mulatos en la Villa de León*, de Rodolfo Herrera (2024). Este documento es una recopilación de gran parte de la información relacionada con la negritud en el archivo. En este libro, publicado en el periodo del H. Ayuntamiento de León 2021-2024, se narran algunos casos de embargo de esclavos, y hubo uno en particular que llamó mi interés: el caso de María Angola. Este describe que es una mujer de un valor en extremo alto, por ser muy hermosa con grandes pechos y caderas, joven, con habilidades para la cocina y el servicio en general. El suceso ocurrido en 1617 narra un conflicto entre el alcalde mayor don Sancho Dorantes de Carranza y el alguacil mayor don Alonso de Ulloa. Ambos tenían una relación de competencia, en la que por lo general involucraban a los vecinos de la villa. Esto provocaba bandos, inseguridad, extorsiones y violencia constante, todo provocado por el alcalde y el alguacil. Esto con el fin de demostrar quién tenía más poder.

Tanto era su rencor que surgió un problema más grande, al grado de quedar registrado en el archivo histórico de León. La situación fue detonada por conflictos personales entre ellos para demostrar quién "cantaba mejor". El documento narra cómo es que Juan Alonso de Jerez, uno de los más poderosos económicamente de esa época en la Villa de León por tener buenas cosechas y algunos negocios, resultó tener una deuda de 68 pesos "de plazo cumplido", a favor de un vecino de Zacatecas, deuda que por descuido no había pagado. Por orden de don Sancho Dorantes fue hecha la ejecución

de bienes al deudor, tales como: tres caballerías de tierra, 40 puercos, 200 fanegas de maíz, 200 bueyes, etcétera, cuyo valor excedía por mucho lo que debía. Así fue que Alonso de Ulloa, al enterarse de esta situación en la que se encontraba su rival don Sancho Dorantes, y como alguacil que era, procedió a la "mejora" de la ejecución, y la hizo con una mujer joven agraciada negra llamada María de Angola. Como si de cualquier otro bien de Jerez se tratara, fue arrebatada y depositada como un objeto en la casa de Alonso de Contreras Busto. En cuanto Jerez se enteró de que le habían quitado a su mujer esclavizada, no tuvo límites, estaba muy molesto, no podía superar que por miserables 68 pesos le quitaran a su esclava, cuyo valor era de 600 pesos de oro común.

Al poco tiempo, llegó la noticia al juzgado de que María de Angola se había escapado de la casa de donde la habían dejado depositada, para estar con Alonso de Jerez, "su amo". Ante esta situación, se comisionó al padre guardián del convento de San Francisco, fray Gabriel Ortega, para que él fuera por María Angola, "la esclava", y la presentara con la intención de que ella diera explicación de por qué se había escapado de la casa de donde la habían dejado depositada y había vuelto al lugar de donde se le había retirado oficialmente. María Angola se encontraba llorando, muy preocupada, con miedo. Con el poco español que podía hablar, como pudo expresarse, dijo que al poco tiempo de no estar en casa de Jerez comenzó a extrañarlo, que nadie la obligó a salir de la casa de Contreras Busto, ella tomó la decisión de salir a casa de Jerez, ya que, desde que ella salió de su tierra natal, él la había cuidado y criado, por eso volvió con él, por el amor que le tiene. Dicho esto, el juez ordenó que se procediera al remate de lo ejecutado. Juan Alonso de Jerez, inconmovible, más bien en extremo alterado, alzó la voz y refunfuñando exclamó: "¡mucho amor… ¡Mucho amor…! ¿Y mis seiscientos pesos?".

En este mismo documento del archivo histórico están registrados tan solo otros siete casos de embargos; es muy probable que hayan existido más y solo se hayan anotado los más relevantes. Así es que tomo este caso en particular para desarrollar la dramaturgia de la caja de María Angola, en el que combino la situación del embargo con la del suicidio en el río. La historia de mi caja narra el dolor que siente una mujer de alto valor económico y alta cosificación en una situación de embargo. Al volver con su amo, que

aparentemente le tenía mucho cariño, parece que en realidad no le importa; lo único que le importa es el dinero que perdió, dejando por un lado que María Angola es una mujer, pero para Jerez es solo una adquisición material.

Es entonces cuando el personaje de María Angola, dentro de mi historia, toma la decisión de huir, pero esta vez no a casa de su amo, sino al río. Va cargando una gran cesta de carrizo que ella misma hizo, camina con sus pies descalzos y su vestido blanco. Se quita el turbante dejando ver su frondoso cabello afro 4C. Se siente libre y decidida, canta mientras camina. El río no está muy lejos de la casa de su amo; desde el segundo piso, dentro de una de las habitaciones, se encuentra una gran ventana, en la que se puede ver el río y un gran árbol. Ahí es donde le gusta estar mientras lava la ropa de su amo. Al llegar al río, María Angola deja la cesta en el suelo. Pareciera que comienza a lavar, pero antes busca una piedra grande, tan grande como su gran cabello suelto. Ya que la encuentra, la carga hasta el árbol junto a su cesta llena de ropa. Entonces saca de la cesta una cuerda gruesa con la que comienza a tejer una red para cubrir la gran piedra que encontró en el río. María, pensativa pero decidida, amarra la cuerda a su tobillo, carga la piedra con gran esfuerzo y la coloca en el río. Ahora ella, con su tobillo atado a la gran piedra y con la pesada corriente del río, se dispone a lavar.

Lava la ropa y canta las canciones que le cantaba su madre antes de que las despojaran de su querida África. Canta cada vez con mayor fuerza y volumen, hasta que la corriente del río es tan fuerte que la arrastra. En el fondo del río, aún sin morir, su corazón late cada vez más lento y en sus recuerdos surge la silueta de un antílope gigante. El antílope levanta lentamente su cabeza con sus cuernos majestuosos y la observa hasta que la luz cálida de María Angola se apaga para siempre; entonces habría vuelto a su tierra natal, porque si por el agua había llegado, también el agua la regresaría a casa.

Estos sucesos, en los que intuimos las historias y se entrelazan entre lo registrado en el archivo y lo que pasa de boca en boca, me ayudaron a conectarme con supuestos escenarios ocurridos en la Villa de León. La desgarradora historia de María Angola forma parte de muchas otras historias de mujeres negras esclavizadas, cosificadas, discriminadas y explotadas. Marcaban sus rostros como ganado, las obligaban a embarazarse para dar a luz a multitud de hijos, con el fin de tener más esclavos. Muchas veces,

al no soportar tantos partos, las mujeres morían con la esperanza de llegar a un número de hijos para poder ser libres. Todas estas, al no soportar el dolor de tanto sufrimiento, optaban por quitarse la vida, y una manera muy común de hacerlo era en el río, cuando lavaban la ropa en solitario, aprovechaban que sus amos no las vieran para atarse una piedra al tobillo y así terminar con su sufrimiento; era preferible morir a seguir con una vida llena de injusticias y maltratos. De esto hablo también en mi caja número cuatro, titulada "Peculium", que explica lo complicado que era ser un negro esclavizado en la Villa de León. Se comprende por qué los negros optaban por el suicidio, pero en esta historia de Peculium, conocemos la rebeldía de los negros ante los blancos y lo complicado que era ser un negro legal y libre; Peculium constituía la base para la compra de sí mismo.[3]

Caja 4 Peculium

(Música)

(La luz se enciende en fade out, *es color cálida ámbar, se descubre la imagen de una fotografía antigua de un campo de cultivo, un amanecer y varios negros arando, en la contemplación, la luz comienza a cambiar a azul oscuro, dando la sensación de que se va haciendo de noche poco a poco.)*

(Voz off)

¿Alguna vez has pensado en ser libre? Imagina qué se sentiría el tener que comprar tu libertad para poder ser libre. A esto se enfrentaban los negros y mulatos en el siglo XVII en la Villa de León, Guanajuato.

Desde el punto de vista legal, todo lo que producía el esclavo pertenecía al propietario, aunque permitían que el esclavo tuviera algunos ahorros, producto de lo que cultivaba o ganaba en los días feriados.

Peculium constituía la base para la compra de sí mismo. Había dos maneras de conseguirlo.

A) por compra de libertad que el esclavo hacía de sí mismo y,

B) Por disposición testamentaria.

Pero para los esclavos domésticos…

Especialmente las mujeres.

[3] Gonzalo Aguirre Beltrán, *La población negra de México*, 2ª ed., FCE, México, 1972, pp. 246-248.

(Entra escenografía de una hacienda, vemos desde una ventana la sombra en perfil del cuerpo de una mujer negra embarazada.)

Las esclavas prolíficas, que parían abundantes esclavos, obtenían la libertad. Los productos de su vientre permanecían sujetos a servidumbre.

(Sale lentamente de escena escenografía y sombra de mujer embarazada.)

(Voz off)

Otra forma de obtener la libertad era la alforría, o la fuga, que no daba al negro la categoría cabal de un hombre libre, lo hacía un individuo marginal en la sociedad.

Si se les presentaba la oportunidad huían de los esclavistas "amos", escapaban a otros poblados a los montes donde pasaban por forros para no ser encarcelados ni castigados.

(Se abre el escenario en dos, deslizándose con un mecanismo horizontal dejando ver el monte que se ilumina poco a poco con las estrellas y la luz de la luna.)

(Voz off)

Se les conoce como cimarrones, a los esclavos, negros, indios y animales alzados y encumbrados en las cimas.

Crearon lugares para establecerse en comunidad llamándolos Palenques; lugar cerca por una palizada.

(Música de fiesta alegre)

(Cambio de escenografía a pantalla de sombras, se iluminan siluetas de cimarrones en una fiesta, hombres, mujeres y niños.)

(Voz off)

El sitio elegido como refugio tenía que ser inaccesible, un monte o un cerro cercano a una ciudad. Los cimarrones se refugiaron en el cerro del Palenque, cercano precisamente a la Cañada de Negros.

*(*Fade out *luz, oscuridad total,* fade out *de música)*

Fin de la pieza.

La cuarta caja dura tres minutos, el texto, la música y la iluminación se entrelazan para transmitir mi mensaje. Lo que sucede dentro de la caja no es una visita a un museo; es una experiencia escénica y personal para el espectador, un hecho histórico con datos de archivo. Si bien la información del texto nos dice muy claro lo que ocurrió, las imágenes, junto con la

música y los efectos de audio, también tienen su propio lenguaje. Aquí se aborda la rebeldía de las personas esclavizadas, la compra de su libertad, y cómo escapaban a los palenques para esconderse y librarse de una vida fatal. Era casi imposible adquirir su libertad o manumisión, y por lo regular, quienes la conseguían eran los empleados domésticos, incluso llegaban a adquirir haciendas y a ser propietarios de casas. Es en este punto donde se conecta con el desarrollo de la caja número uno, de la que hablé al inicio, que es la historia de Antonio Rodríguez de Lugo. En ella se muestra la marcada división que existía entre hombres y mujeres, blancos y negros, entre los que hablaban español o los que recién llegaban de África, así como la separación entre negros libres, cimarrones, bozales, entre otras categorías.

Caja 1 Antonio Rodríguez de Lugo

Escenas y narrativa con música original.

(Sonidos de mercado, gritos de pregoneros, varios mercaderes ofrecen sus productos)

(Se ilumina el escenario fade in*, vemos un mercado de la época, paredes de adobe, gente vendiendo comida, animales, y personas negras encadenadas como animales, entran más mercaderes al escenario, conforme la narración continúa como si de un recorrido se tratara.)*

(Voz off)

Mi nombre es Antonio Rodríguez de Lugo, es el año 1562, soy el mayordomo de don Pedro Lorenzo de Castilla, dueño de la estancia del rincón. La vida en la villa es muy distinta a mi tierra natal, aquí se tiene que vivir con el desagrado de los españoles, en esta villa es normal maltratarnos a nosotros, los negros, mulatos, indios, ellos nos clasifican así… muñequillas a los niños de hasta siete años de edad, muleque hasta los 12, y malecón a los que no tienen más de 16, sus precios son proporcionales según su edad. Se denominan bozales a los esclavos recién llegados, que no habían aprendido aún castellano, de quienes no se sabe sus buenas o malas costumbres ni su capacidad de trabajo, aquí es muy común escuchar la frase "lo vendo por bozal huesos en costal", así el vendedor se quita la responsabilidad de un futuro mal comportamiento o enfermedad de su esclavo.

Lo opuesto a bozal es "ladino" (por latino), los africanos que ya han aprendido las costumbres hispanoamericanas, los criollos a todos ellos que nacieron en la colonia. Los vendedores están obligados a estipular si tenemos defectos, a estos defectos les llaman "tachas". (*Se escucha pregón*) "Lo vendo por ladrón, borracho y huidor, lo vendo por cimarrón". De todas las tachas, la que más baja el precio es la de cimarrón; en promedio un esclavo cuesta de 400 a 450 pesos, esto es el salario de 10 años que se pagaría a un peón o indio contratado. Los pagan de contado, con el riesgo de que enfermen, mueran o escapen antes de que su trabajo amortigüe su costo. Los españoles ricos poseen más esclavos, nos ven como un lujo, una cosa, animales que hacen el trabajo de cuatro indios. Marcan nuestras caras, separan a nuestras familias, para ellos solo somos mano de obra.

Me llaman mulato por mi descendencia africana, fundé la villa de León, aunque solo me quieran ver como un vaquero, mayordomo, por mí esta villa se convirtió en ciudad.

Les contaré cómo fue que ocurrió. Juan Alonso de Torres fue el encargado de recolectar firmas de todos los que se comprometían a fundar la villa, yo fui el encargado de mostrar la documentación al virrey, 12 años después fundaron León, y en agradecimiento, obtuve una industria de harina y pan. Me clasifican como un negro de los buenos, un mulato inofensivo, así fue que Duarte Jorge, Pedro Gómez y Alonso de Torres me eligieron a mí y Agustín Chagoya alcaldes. Con los años me otorgaron un gran solar, un pedazo de tierra inmenso.

Hasta que llegaron los franciscanos y tuve que ceder las casas del cabildo y retirar mis posesiones, me fui a vivir a la cañada y ahí llevé a vivir a una gran cantidad de mulatos mestizos, negros y coyotes de mala conducta y rechazados por otros pobladores a quienes di trabajo y acomodo en las estancias, es por eso que la cañada lleva de apellido de "Negros".

*(*Fade in *de música y luz)*

Fin de la pieza.

En 2025, caminar por las calles de León, Guanajuato, recorrer sus barrios, sus colonias populares y visitar su feria nos permite ver a su gente. Sus rasgos marcan historia negra. En estos recorridos por sus calles y barrios, he descubierto que, si se observa a su gente, se pueden encontrar rasgos

claramente afro: sus cabellos rizados, narices anchas mezcladas con respingadas, ojos expresivos, labios anchos, figuras óseas afro. Esto me hace sentirme parte de este lugar, aunque claramente estas personas no se sientan identificadas como personas afro o que incluso desconozcan por completo qué es ser afromexicano. Claramente tienen descendencia afro, aunque ellas no lo sepan; incluso si les preguntas, estas personas simplemente no se identificarán con la cultura afro, te mirarán raro como si de alguna ofensa se tratara preguntarles si se consideran afrodescendientes.

Claramente, lo que nos ha dejado el colonialismo es el rechazo a lo prieto, a lo negro, a todo lo que no es blanco. Su historia, marcada por el rechazo, el desprecio y el dolor, permanece en la mentalidad leonesa. Es ahí cuando el señor o la señora de las verduras, el taquero, el tendero, el mercader pregunta a sus marchantes, o "marchantitos": "¿qué más vas a llevar güerita o güerito?", aunque a quien le pregunte sea una persona de piel morena. Estos eufemismos provocan la distorsión de nuestra realidad, porque lo que ocurre con esta acción es un halago a la persona prieta, pero si, por el contrario, a la misma persona se le invita a comprar "¿qué más vas a llevar prietito o prietita?", ahora todo toma un significado diferente, automáticamente se transforma en insulto, en el mejor de los casos se transformaría en un chiste, aunque en verdad sea una persona prieta a quien se le diga. Estas situaciones me ponen a pensar en la distorsión y la forma negativa en que se ha convertido el ser moreno, negra o prieta en León, Guanajuato, cómo la blanquitud se ha apoderado de cómo vemos a los seres humanos de distinta forma o con diferente valor, todo a raíz de la esclavitud. El hecho de que sea raro ver a una persona prieta con dinero, como si no tuviera derecho a tenerlo; el pensar que algo malo debe estar haciendo para tener capital y ser moreno o morena, todas estas mentalidades cargan historia de represión e injusticia. Aún nos queda mucho por trabajar como seres humanos, lo que ha ocurrido con la historia negra ha marcado siglos.

Cuando me encontraba en mi investigación para las cajas Lambe Lambe, me contactó una artista para colaborar en un proyecto de microhistorias que se publicarían en la 15.ª Bienal FEMSA 2024. Mi colaboración fue escribir 10 microhistorias relacionadas con la afrodescendencia en León, Guanajuato, y en general en todo Guanajuato. Fue un proyecto muy interesante, ya que consistía en extraer lo más corto y significativo de un hecho histórico, de

algún chisme transmitido por tradición oral, de las leyendas de Guanajuato, de las historias familiares transmitidas de generación en generación en las anécdotas de la gente de los barrios. Fue en este proceso de acercamiento, muy diferente al acercamiento de archivo, en el que comprendí por qué la gente de León percibe y visualiza la negritud como lo hace, con desprecio, con clasismo, con dolor. Ahora, en este tiempo actual, en este presente, es cuando podemos comenzar el cambio con la gente de León, Guanajuato.

Existen muchas creencias, etiquetas, acciones y formas de pensar que tienen su raíz en la esclavitud que surgió en el estado desde la época de la Corona española. Seguir discriminando a alguien por el color de su piel es completamente anacrónico, algo sin justificación actual, algo que está fuera de su contexto histórico correspondiente. Aunque aparentemente ya no hay racismo, las actitudes de muchos y muchas persisten en la actualidad, aunque el mundo ha avanzado en términos de derechos humanos, igualdad y diversidad. Por eso no es suficiente el hecho de no ser racista; es necesario ser antirracista, tomar acciones cotidianas que construyan un hábito contagioso para las otredades. Así, con el conjunto de creencias, acciones, políticas y actitudes, encontraremos núcleos para eliminar el racismo, teniendo como resultado una sociedad más justa y equitativa. Parece algo enorme y lo es, ya que el racismo viene de la mano de algo tan grande y visible que es el capitalismo global. Es decir: el sistema económico mundial se construyó y se sostiene gracias a la esclavitud, el colonialismo, la explotación de cuerpos racializados y la exclusión sistemática de los pueblos no blancos.

Para comenzar a actuar ante el racismo con intervenciones ante él, es necesario reconocer que el racismo existe de forma normalizada a través de bromas, prácticas escolares, laborales, en comentarios, normas sociales, etc., es importante escuchar y dar voz a quienes sufren racismo, y validar su voz sin minimizarla y cuestionarse los privilegios de otros: ¿por qué tienen ventajas por ser de piel blanca? Todo esto me hizo tomar acción a través de mi exploración artística; con mis herramientas, podría tomar acción a microescala, es decir, accionar con algo tan pequeño como el teatro de títeres Lambe Lambe, mi acción antirracista, con la conciencia de que todo tiene un efecto, una repercusión, un eco, una huella pequeña que podría existir y provocar un cambio, quizá de un tamaño muy pequeño pero existente. El detonador antirracista que comienza como una gota de agua que cae sobre

una superficie líquida, provocando ondas expansivas; el antirracismo, como la gota de agua, genera el impacto, el cambio que, por pequeño que parezca, puede crecer y repetirse las veces que sean necesarias.

Es necesario observar a Guanajuato con su diversidad. En eso nos ayuda el antirracismo: en comprender nuestra multiculturalidad, donde coexisten historias, lenguas, tradiciones y comunidades diversas: pueblos originarios como los otomíes y chichimecas jonaces, personas afrodescendientes, migrantes de otras regiones del país, así como una gran variedad de expresiones culturales urbanas y rurales. Sin embargo, muchas de estas identidades han sido invisibilizadas a lo largo del tiempo. Es aquí donde la acción antirracista cobra sentido; no basta con no discriminar, es necesario tomar acción, actuar para incluir y transformar. Es un gran reto hablando de nuestro estado de Guanajuato, ya que muchas veces se piensa que es un estado mestizo y católico homogéneo. Tener una visión multicultural de Guanajuato implica que todas las voces cuenten: campesinos, artistas, mujeres indígenas, niños migrantes, jóvenes, afromexicanos, etc. Comprender a Guanajuato como un estado multicultural no es solo un tema cultural, sino político y social. Esto implica reconocer desigualdades históricas y trabajar para repararlas y evitar o prevenir nuevas exclusiones. Esto nos permite reconocer toda la diversidad étnica y cultural que existe en nuestro estado, fortaleciendo nuestra identidad guanajuatense, para poder expresarnos con las otredades, en donde no exista el negro, la negra, el negre, el indio, el pobre, el rico, sino personas coexistiendo con respeto al reconocer la riqueza de nuestras diferencias. Por eso es valioso y poderoso llevar a la práctica acciones que generen revolución.

¿A quiénes representamos en nuestras narrativas? ¿Qué tipo de belleza, inteligencia o cultura destacamos? ¿A quién dejamos fuera? ¿Cómo es que se sigue manifestando el racismo a pesar de que ya se sabe qué es? La lucha contra el racismo comienza en lo cotidiano: en nuestro lenguaje, en nuestras decisiones al elegir una historia para contar, al montar una obra teatral, al elegir un libro. Desde la mirada crítica influenciada por los marxismos negros, considero que el racismo no es solo un problema de ignorancia o de odio entre individuos, sino una estructura profunda que organiza la desigualdad social y económica. En una ciudad como León, Guanajuato, donde se suele negar la presencia afrodescendiente e indígena, es urgente

hablar del racismo estructural y del clasismo como realidades entrelazadas que definen quién accede a oportunidades, quién es escuchado y quién queda invisibilizado. Es necesario reconocer que el capitalismo en México se ha nutrido de cuerpos explotados y de historias borradas, y que detrás de cada acto de racismo también hay una lógica que justifica la pobreza, la marginación y la concentración del poder.

A pesar de esto, es importante reconocer que la historia afrodescendiente en León y en México no es solo sufrimiento. También es resistencia, creatividad, memoria, futuro, espiritualidad, comunidad, cultura y alegría. Desde la danza y la música hasta las fiestas populares, desde la cocina hasta el habla cotidiana, la cultura afro ha dejado huellas profundas en nuestra identidad. Como artista escénica afrodescendiente, titiritera, educadora, cuentista, artista plástica, entre otros quehaceres artísticos, creo en el poder del arte y la cultura como herramientas de transformación y de justicia histórica. A través de la expresión artística podemos reescribir esta historia desde una mirada digna. Implica reconocer los aportes culturales, sociales y humanos de los pueblos afrodescendientes, y hacerlo desde una narrativa que no nos victimice, sino que nos empodere, para generar una conciencia que abrace la dignidad, la diversidad y la libertad, visibilizar los aportes afrodescendientes en Guanajuato, y usar el arte no solo para entretener, sino para liberar. La lucha antirracista no puede reducirse a un gesto simbólico; debe ser un compromiso activo con la verdad, la justicia y la vida. Ese compromiso inicia por reconocer en cada persona racializada no solo una historia de opresión, sino también su calidad de muntu: ser humano pleno, digno y colectivo.

Referencias

Herrera Pérez, R. (2024). *Negros y mulatos en la Villa de León*. Archivo Histórico Municipal de León.

Zapata Olivella, M. (1997). *Changó, el gran putas*. Ministerio de Cultura de Colombia.